

EL PAPEL DE LA MÚSICA Y DEL CANTO EN LAS COMUNIDADES MONÁSTICAS⁴⁵

EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO

En estas reflexiones, sólo deseo dar un testimonio de monje sobre la música y la vida espiritual. No soy músico ni cantor. Pero, como no hay nada esencial en la vida de un monje que no esté en relación con el Verbo de Dios, me arriesgué a aceptar la invitación de la M. Mectilde de hacer la apertura de esta Semana de Música Sagrada. Fuente de nuestra vocación, el Verbo es la luz de nuestro camino, el fundamento de toda experiencia espiritual, incluso la musical. Por ello es que recurro a él en primer lugar.

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios” (*Jn* 1,1). Así en aquel “antes de todas las cosas” (*Col* 1,17) que escapa a nuestra inteligencia, mientras todo era “informe y vacío”, en aquel desorden de la inconsistencia y de lo inorgánico, Dios está, y El es el Verbo. Mientras la tierra y las aguas, las tinieblas y el abismo parecen confundirse en un desorden confuso, Dios es el Verbo, es decir (por oposición), cadencia ordenada, armonía significante, ritmo organizado. Ritmo, o sea, vibración coherente: en el principio Dios era ritmo, Dios era vibración.

Nuestro conocimiento actual de la materia confirma, en todos los puntos, lo que nos revela la Biblia: la física molecular sabe que la energía elemental, centro de la materia, no es más que una vibración, fuente de toda polaridad.

“Dios dijo” (*Gn* 1,3-10): el Verbo en persona interviene en el desorden y allí imprime lo más esencial de sí mismo: un orden, un ritmo. Ritmos elementales, de dos tiempos, que son la luz y las tinieblas, el cielo y las aguas, el mar y la tierra (*Gn* 1,11-13). Ritmo ternario, del árbol, del fruto y de la semilla (*Gn* 1,14-25). Ritmo cósmico, polifonía de las criaturas. Y finalmente, como regulador y plenitud de todos los ritmos de la creación, *el hombre*⁴⁶.

“Dios creó al hombre a su imagen” (*Gn* 1,27): imagen de Dios, el hombre es ritmo perfecto. Está en el ápice del ritmo de la creación, colabora en la orquestación divina, dando nombre a todas las criaturas vivientes (*Gn* 2,20). En esa armonía interviene el error, el pecado, la limitación, formando una grieta, una brecha que destruye el equilibrio de un conjunto. Todo hombre se siente, entonces, como si poseyese un instrumento incomparable, con el cual sólo le falta ponerse a tono para poder vibrar nuevamente al unísono con Dios.

“Retorno a Jesús”: ese apotegma de los primeros monjes, es el fruto de la experiencia. “Pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud” (*Col* 1,19). Si nos conformamos al misterio de su muerte y de su resurrección (*Flp* 3,10), reencontramos en Jesús el camino de la armonía y de la sinfonía con Dios.

Pienso que éste es el punto central de la contribución de la música a la experiencia de Dios. Pues ese volver a la armonía de que nos habla san Ireneo⁴⁷, ese paso “de la semejanza a la semejanza”⁴⁸, es una sed, una necesidad profunda, inscrita en el corazón del hombre, impresa

⁴⁵ Tradujo: M. Mectildis Santángelo, osb. Abadía de Santa Escolástica. Buenos Aires – Argentina.

⁴⁶ YON E. “L’alliance de la musique et du Spirituel”, L. V. S. 128, pp. 187-201. 1974.

⁴⁷ S. IRENAEUS, *Adversus Haereses*, III.

⁴⁸ S. BERNARDUS, P.L 183,662; AUGUSTINUS, *Conf.* CX,16; PLOTINUS, *Enneades*, 1,8.

en la misma estructura de su ser. Imagen de Dios, lo somos en verdad, pero imágenes confusas, que se tornaron poco nítidas a causa del pecado; después de éste vivimos en una tensión entre lo que hay en nosotros y aquello para lo cual fuimos hechos, pero que no podemos realizar plenamente. La música satisface en nosotros ese deseo de acorde perfecto entre nosotros y nosotros mismos. Por el universo de los sonidos y de las vibraciones que ella organiza y gobierna, llega a nosotros un campo insospechado en que la vibración elemental procura reencontrar su sinfonía con el Verbo creador. Por ello, como dice san Agustín, “cantar es propio del que ama”⁴⁹. El canto se vuelve expresión privilegiada de quien aspira a rehacer en sí la unidad y armonía, a encontrar nuevamente a Dios, porque “Dios es amor”. La música y el canto expresan lo que la palabra en nosotros no puede expresar; al llegar a un límite del discurso, no hablamos, sino que vibramos, damos a ese ritmo la propia forma de lo que es vivido y percibido en nosotros pero que no podemos expresar con palabras.

Entonces somos invitados, como signo de comunión, a cantar un cántico nuevo al Señor. El cántico es expresión de alegría y de amor al único reino donde todo pertenece al Verbo: “el hombre nuevo, el cántico nuevo, la alianza nueva. Por ello, el hombre nuevo cantará el cántico nuevo y participará en la alianza”⁵⁰. Esta experiencia del canto comunitario excede cualesquiera formas específicas de canto, entre las cuales, fue siempre modelo. La diversidad de las expresiones musicales, permite vislumbrar dos grandes tipos de experiencias, en los cuales se esculpe la vida espiritual de la comunidad que canta, que ama y que es una liturgia viva.

DOS GRANDES TIPOS DE EXPERIENCIA MUSICAL

1. - *Canto al unísono*, del que el gregoriano y ciertas modalidades del canto pastoral son ejemplos. El canto al unísono nos revela una aparente pobreza de recursos, simplicidad de línea: el movimiento único en el que puedo sólo penetrar o callarme. Por ventura ¿sería sujeción y opresión que el individuo se fundiera en el coro? Por el contrario, la búsqueda perseverante y libre del unísono, es señal de la unidad y de la comunión con Dios y con los hombres.

Olvido de sí y de su movimiento propio, empeño por hacerse uno con los otros, y también penetración en el movimiento de una comunidad, cuerpo vivo que se expresa. Y entonces, enriquecimiento de todos los ritmos que dan vida a la unidad de la comunidad y a los cuales se une mi propio ritmo.

Es la búsqueda de la unidad y de la comunión en la fe, “para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado” (*Jn 17,20*).

Es la experiencia de la pobreza evangélica, que consiste en dar todo para recibirlo todo. Es un signo revelador de la presencia de Jesucristo resucitado en medio de los hombres: “donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos” (*Mt 18,20*).

El canto al unísono nos revela dos cualidades que constatamos, al mismo tiempo, en todo ser humano: la soledad y la comunión. Ambas se complementan en una síntesis generada, no pocas veces, en el dolor y la tensión, pero siempre vital y personalizante. Sería un gran error prescindir de alguna de estas realidades. Del encuentro de la soledad del monje y su comunión con Dios, brotará la fecundidad de su misión y la alegría de servir a los hombres.

2. - *Canto a varias voces, polifonía*: La mayor riqueza de recursos, complejidad de relaciones,

⁴⁹ AUGUSTINUS, *sermo* 336,I, PL 40.

⁵⁰ AUGUSTINUS, *sermo* 34,1-3, Migne, PL 38,209.

se transformará en música y palabras, solamente si cada voz fuere rigurosamente lo que debe ser, en su lugar. Trabajo de unión de las voces que entran en contacto. Aquí me defino, no ya integrándome sino oponiéndome. Oposición constructiva: Si soy “otro”, es para que los otros sean ellos mismos. Si me opongo, es para apoyar al otro y permitirle existir en su tonalidad propia⁵¹.

Es una experiencia de complementariedad y de comunión evangélica, nacida del dinamismo de una comunidad que cree estar animada por el Espíritu Santo. Entonces podremos participar de la “koinonia” trinitaria que nos propone san Juan como modelo de amor, viviendo en la mutua disponibilidad, en relación de igualdad y de complementariedad, sin perder jamás nuestra identidad personal. Es la polifonía de la vida comunitaria, el “servir” a muchos temperamentos de que nos habla san Benito⁵². Esto quiere decir que, asumiendo y aceptando a nuestros hermanos por la fe, tendremos una auténtica experiencia de Dios, a la que san Pacomio llamaba “santa koinonia”. La multiplicidad de dones al servicio de la comunión.

EL CANTO EXPRESIÓN DEL VERBO

1. - *Canto Gregoriano*

En Occidente el canto gregoriano es, sin duda, uno de los tipos más perfeccionados de esta vibración significativa, que alcanza y expresa en nosotros el ritmo original. Posee un poder pacificador y purificador de la sensibilidad. Favorece el recogimiento y nos ayuda a interiorizar la Palabra de Dios. En sus piezas más típicas, la música se prende primero a la palabra, después se desprende de ella y la “hace hablar” mediante el juego de colores y cadencias sonoras; muchas veces, una palabra clave es la que da a toda la pieza su clima musical: el ofertorio *Jubilate* o el *Da pacem* contienen, en algunas notas, toda la antífona. Entonces las palabras que siguen no tienen ya importancia; prolongan, como un eco, el contenido inicial. El ofertorio *Jubilate* es sólo un grito de alegría y de júbilo, el introito *Da pacem* no dice la paz, la crea. La oración sobre esas piezas es entonces simplísima. Al abrir el libro, la mirada se fija sobre la palabra clave o sobre la idea directriz del texto: indicación de una actitud espiritual a la que el corazón se dispone inmediatamente: “que la voz concuerde con el corazón” (RB XIX). La vibración musical sólo consolidará esta disposición del corazón: al expresarla la precisa, la despoja, la enriquece.

Es indispensable esta actitud contemplativa, simple, acogedora, silenciosa y atenta del corazón para asegurar al canto, no su eficacia, pero, por lo menos la comprensión del mensaje que trasmite⁵³.

Seamos como el pobre del templo de Jerusalén a quien san Pedro no tuvo ni oro ni plata para ofrecerle, pero le dio lo que tenía: la gracia de Dios. La Iglesia ora, la Iglesia canta, el Espíritu Santo obra; a nosotros, se nos pide una colaboración: ser dóciles y flexibles. Tenemos que acostumbrarnos a no escuchar el canto en sí, durante la oración. No somos estetas ni críticos de arte. Tenemos que fijar nuestra atención en el texto, en su contenido, en la búsqueda de Dios, en la búsqueda del rostro del Señor que se revela por el canto. Es por esa riqueza inagotable que el canto gregoriano hunde en nosotros sus raíces.

2. - *Música popular (Pastoral)*

⁵¹ *Témoignages* - “Musique et la vie Contemplative”, L. V. S. 126, pp. 79-86 - 1972, AMY, G., “L’expérience musicale” L. V. S., pp. 11-16. 1972.

⁵² RB 2.

⁵³ *Las Fuentes de la Teología - El Canto Gregoriano* -Delan- de OP. Herder, Barcelona, 1957 - *Iniciación Teológica*.

Hay un tema en la tradición patristica griega y latina que nos muestra cómo la riqueza de los pueblos fue asumida por los cristianos y, por decirlo así, cristianizada: el tema del Dios lúdico⁵⁴, el tema de la danza celeste y de la liturgia. Dios creó el mundo para manifestar la gratuidad, la jovialidad, la fiesta, la alegría: el mundo es el teatro de su gloria. La idea del “Dios lúdico” pasó a la Iglesia lúdica y el Hombre lúdico⁵⁵.

Un célebre ensayista contemporáneo nos muestra en su “Homo ludens” que en todo culto auténtico se canta, se danza, se juega, puesto que la función dinámica de la palabra, en las culturas más arcaicas, es al mismo tiempo litúrgica y social⁵⁶. La historia monástica nos revela, en sus orígenes, esta simbiosis de danza popular y música sagrada. Teodoreto de Ciro nos narra que en monasterios construidos entre Antioquía y el Eufrates, habitados por monjes sirios y griegos, los grupos ejecutaban los oficios (salmos) en la propia lengua, repitiendo cada versículo antifonadamente.

Los herejes melesianos de Egipto realizaban el acompañamiento de los himnos sagrados con el ritmo de las manos, los balanceos del cuerpo y el tintinear de las campanillas⁵⁷. San Juan Crisóstomo nos legó grandes testimonios de géneros y cánticos populares, cantos infantiles, marchas, canciones de viñadores, de los vendimiadores y de los remeros, de los marineros y de las hilanderas⁵⁸. De Cesáreo de Arlés se sabe que aplicó magníficamente lo que hoy se llama “participación comunitaria” en la liturgia: quiso que el clero y toda la comunidad del pueblo cantaran salmos e himnos en voz alta y bien modulada en la lengua propia, griega o latina⁵⁹. Podríamos citar a muchos otros Padres de la Iglesia que buscaron a través de himnos y canciones, enseñar al pueblo la verdad evangélica y la firmeza en la fe. Entre éstos están san Efrén, san Ambrosio, san Agustín, san Ireneo, Tertuliano, Hincmaro de Reims, san Bernardo, san Alfonso Ma., etc.

En relación a nuestra patria, nos narra Serafín Leite: “Los cantos, músicas y danzas fueron uno de los medios de mayor valor psicológico utilizado por los Jesuitas para la evangelización entre los indios y para la elevación del pueblo”⁶⁰. “Hacerse todo para todos para conquistar a todos para Cristo” (*ICo* 9,22). El Padre José Anchieta, en su trabajo de evangelización y catequesis usaba la música popular. Existen aún hoy letras de José de Anchieta para danzas, autos, fiestas familiares y religiosas.

Estas riquezas de los pueblos fueron asumidas y legitimadas por la Constitución “*Sacrosanctum Concilium*”, siempre que tengan su fundamento en la liturgia. La música es un lenguaje privilegiado que expresa y manifiesta el alma y la cultura de un pueblo; para que la liturgia sea auténtica y la participación -profunda, se debe usar el lenguaje musical que exprese mejor la fe y la oración del pueblo orante⁶¹.

En principio, “la Iglesia aprueba y admite en el culto divino todas las formas de arte verdadero, dotadas de las debidas cualidades”, y “favorece por todos los medios el canto del pueblo, aun bajo nuevas formas adaptadas al carácter de cada pueblo y a la mentalidad de hoy...”⁶².

Para expresar de hecho la oración y la fe de una comunidad monástica orante, debemos tener siempre presente:

⁵⁴ GREGORIO NACIANZENO, *Carmine* 1 2.2.589, PG 37,624.

⁵⁵ S. THOMAS, *Suma* II, II 168 a 2.8.

⁵⁶ HUIZINGA, SJ, “Homo ludens”, Buenos Aires, Emecé, 1957.

⁵⁷ Migne, PG 83,426.

⁵⁸ Migne, PG 50,155.

⁵⁹ *Sti. Caesarii Arelatensis - Opera Varia* - MARETIOLI, MCMXLII. *Vita a Discipulii Scripta*, n° 19, PG 303.

⁶⁰ LEITE, SJ, “História da Companhia de Jesus no Brasil” (Lisboa, Livraria Portugalía, 1938, II, 100).

⁶¹ Doc. CNBB, *Pastoral de Música Litúrgica*, Río de Janeiro, GB, 2° edição 1976 - Paulinas.

⁶² S. C. 112.

1. - Lo que se va a celebrar: el misterio de Cristo, el tiempo litúrgico, la fiesta del día.
2. - Quién va a celebrar: una comunidad concreta, con su vida, su cultura, su modo de expresarse.
3. - Con qué medios: cantos, lecturas, oraciones. Entonces cabe al equipo litúrgico de cada comunidad discernir lo que ha de usar: textos y músicas⁶³.

Y, que de esta forma, conforme nos exhorta san Pablo, “la Palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos a Dios en vuestros corazones con salmos, himnos y cánticos inspirados” (Col 3,16).

La música y el canto tienen un valor y una función que exceden a todas las demás expresiones de arte.

La fiesta en nuestras comunidades monásticas constituye un momento en que cada uno de nosotros, por su participación, celebra la presencia de Dios que es el sentido de todo. De ahí la importancia de que participemos en las fiestas litúrgicas y domésticas de nuestras comunidades como expresión de reconciliación de nuestro corazón con los hermanos y con Dios. En esta actitud jovial y gratuita, el mundo se torna diáfano y transparente, “porque la victoria del Señor sobre nuestro mal y nuestro pecado es capaz de derribar el muro que nos divide”. “La fiesta es la expresión de gratuidad de una vida que, paulatinamente, se va despojando y creando espacio interior, para que Dios y su gracia la llenen”⁶⁴ y, consiguientemente, una mayor apertura de disponibilidad generosa a los hermanos.

De ahí nace una actitud profundamente necesaria: *el buen humor*. Saber desdramatizar la vida y las cosas, o sea, saber participar del “juego” de Dios y reconocer que fuera de Dios, *todo* es relativo. Con gran alegría y fiesta, descubrimos que el Verbo de Dios vino para colocarnos en el ritmo de la liberación y salvación y que, creados a imagen y semejanza de Dios (el Padre), El nos acepta, nos ama profundamente y nos perdona. La Buena Nueva de la salvación no es algo propiamente nuestro, sino participación en la alegría de Dios. Por ello san Benito nos pide tantas veces que la tristeza sea desterrada del monasterio: “que nadie se entristezca en la casa de Dios”.

La música es uno de los *canales* que nos ayudan a fomentar en el ambiente del monasterio un clima de serena alegría, de manera que los monjes puedan, con este don del Espíritu Santo, vivir siempre alegres, aun en las situaciones duras, difíciles y adversas del 4º grado de humildad⁶⁵, seguros de la ayuda de Dios “que ama a quien da con alegría” (RB). Nuestras comunidades monásticas deberán ser signos y fermentos de gratuidad y de una alegría contundente que deberán dar a la sociedad en que vivimos una tensión escatológica, fermento en la historia y en el mundo. Una liturgia viva, con profunda repercusión en la vida de la sociedad.

“Ya se ha dicho que el hecho de mayor relevancia política en la Edad Media fue la fundación de los monjes benedictinos. Porque su forma de vida comunitaria se convirtió en modelo de organización social para la Europa naciente. La América latina, también necesita de tales modelos”⁶⁶.

Por tanto, nuestra liturgia viva y la celebración doméstica deberán ser la liturgia viva del

⁶³ Doc. CNBB, *Pastoral da Música Litúrgica*, Rio de Janeiro, 2ª edição, 1976 - Ed. Paulinas.

⁶⁴ *A Vida Segundo o Espírito nas Comunidades Religiosas da América Latina*, Conf. dos Religiosos do Brasil, RJ, 1972.

⁶⁵ RB 7.

⁶⁶ Puebla 171.

capítulo 15 del Apocalipsis. La liturgia de una vida nueva. La liturgia del hombre nuevo. La liturgia de la Nueva y Eterna Alianza. Liturgia donde la vida del Resucitado pasa y transforma la vida de cada uno de nosotros, “dilatando nuestro corazón”⁶⁷, y haciendo que “nuestra voz concuerde con nuestro corazón”⁶⁸. Y esta misma fuerza del Resucitado transforma la vida de los hombres y de la sociedad.

Que esta semana de música sagrada nos ayude a rehacer en nosotros la unidad y la armonía originales, nos ayude a volver a encontrar a Dios por el canto por la música. Y que seamos una presencia armonizante y unificante en la vida de nuestros hermanos para ayudarlos también a reencontrar al Señor.

San Pablo – Brasil

⁶⁷ RB Prólogo.

⁶⁸ RB 19.